

Relativismo cognitivo y axiológico

Cognitive and Axiological Relativism

ABELARDO PITHOD
Catedrático de Filosofía
Universidad Nacional de Cuyo
abelardo.pithod@speedy.com.ar

RESUMEN

Haré a continuación una breve exposición de la postura del sociólogo francés Raymond Boudon sobre el relativismo contemporáneo, agregando consideraciones mías. Me referiré al relativismo cognitivo, especialmente al científico, con algunas alusiones al ético y estético. Para lograr esto, estudiaré las diferencias entre la sociología de la ciencia clásica y la posmoderna. La expresión sociología de la ciencia alude a todo lo que hoy se considera conocimiento científico. Es fácil advertir que involucra al conocimiento en general y que presupone una epistemología, una teoría del conocimiento y, de últimas, una ontología.

Palabras clave: relativismo contemporáneo, cognitivo, Raymond Boudon, ciencia

ABSTRACT

Here I will do a brief exposition of the French sociologist Raymond Boudon's posture about contemporary relativism, adding my thoughts. I will refer to the cognitive relativism, specially the scientifically one, with some allusions to ethic and esthetic. To achieve this, I will study the differences between sociology of classic science and postmodern science. The expression sociology of the science makes reference to everything that today is considered scientific knowledge. Is easy to warn that involves knowledge in general and that presupposes an epistemology, a theory of knowledge and, ultimately, ontology.

Keywords: contemporary relativism, cognitive, Raymond Boudon, science

Haré a continuación una breve exposición de la postura del sociólogo francés Raymond Boudon sobre el relativismo contemporáneo, agregando consideraciones mías. Me referiré al relativismo cognitivo, especialmente al científico, con algunas alusiones al ético y estético.

Partiré de un hecho bruto –dice Boudon–, que me contento con enunciar secamente, a saber, que existen dos tipos enfrentados de sociología del conocimiento científico: el programa “clásico” y el programa “moderno” o, mejor, puesto que es así como se lo designa a menudo: “posmoderno”. Siguiendo a Bunge (1991-1992), hablaré también de la “nueva” sociología de la ciencia”.

Boudon habla de la posición clásica en *sociología del conocimiento científico*, entendiendo por tal la que se desarrolla en la época moderna, concretamente en los siglos XIX y XX. La llama también “racionalista” porque no descrea de la razón, como lo hace la sociología posmoderna. El llamarla racionalista (Popper llama su propia posición también racionalismo) se presta a equívoco, porque el término, al menos entre nosotros, alude a una exageración en el uso de la razón y él no quiere decir eso, sino simplemente sostener la validez de su uso. Boudon lo hace porque quiere diferenciarla claramente de la sociología posmodernista que, como dijimos, descrea de la razón y adopta una posición escéptica respecto de la ciencia y el conocimiento en general. Debemos notar asimismo que el análisis de Boudon no se inscribe en nuestra línea epistemológica “realista”, de raigambre aristotélica, lo que no obsta para que nos aprovechemos de él.

La expresión *sociología de la ciencia* alude a todo lo que hoy se considera conocimiento científico. Es fácil advertir que involucra al conocimiento en general y que presupone una epistemología, una teoría del conocimiento y, de últimas, una ontología.

¿En qué se diferencia la sociología moderna de la ciencia (o clásica de Boudon) y la posmoderna? Ambas coinciden en señalar que hay conceptos asumidos por la ciencia que provienen de fuentes extra-científicas, es decir que provienen de fuentes socio-culturales externas a la ciencia misma. Pero para el posmodernismo *toda* la ciencia se explica de esa manera, con lo que, en realidad, no existen en el conocimiento científico conclusiones propiamente científicas. En cambio, tanto para nuestra concepción tradicional aristotélica como para la moderna del racionalismo crítico (como lo llamaremos), las conclusiones de la verdadera ciencia son independientes del contexto social. Se adhiere a ellas porque son verdaderas, no porque ellas sean resultado de “convenciones” sociales implícitas o explícitas. Los condicionamientos sociales de la índole que sean no se pueden negar, pero aceptar esto no implica una actitud escéptica o relativista radical. Reconocer que existen influencias socio-culturales sobre nuestros conocimientos, también sobre los científicos, no es aceptar, como hace el posmodernismo, un determinismo incompatible con la científicidad, es decir, con la objetividad y la verdad científica.

Veamos algunos ejemplos que parecen avalar la posición relativista. Empecemos por el caso de la demografía. El influjo que sobre ella ejerció la idea malthusiana de que la creciente población mundial terminaría por producir una catástrofe planetaria por la imposibilidad de alimentar a tantos seres humanos, resultó ser un prejuicio de la época, y nos referimos a una época muy reciente, la del Club de Roma (a partir de la década de los 70). El error provino de dos equívocos: Uno, el supuesto de que el ritmo de crecimiento de la población seguiría siendo exponencial; cuando, en la realidad, el crecimiento se “ralentó” notablemente; dos, la desestimación del efecto de las nuevas tecnologías de producción alimentaria. La China y la India son casos muy relevantes, pues disminuyeron el crecimiento poblacional y lograron alimentar a sus enormes poblaciones sin depender significativamente del exterior. En estos últimos años la dependencia del exterior ha aumentado nuevamente, porque esos países han crecido y sus habitantes –no todos– comen más y mejor. En conclusión, ahora sabemos, gracias justamente a la demografía, que los fenómenos poblacionales no pueden predecirse sin grandes recaudos. El temor del hombre blanco a que la hambrienta población de color invadiera su privilegiado mundo desarrollado y acabara con su bienestar, fue adquiriendo forma pseudo-científica a través de la demografía. Pero tal error no nos autoriza a negar la posibilidad de un conocimiento demográfico que, en lenguaje actual, podemos llamar científico, es decir, metódico y validado, aunque, en nuestra opinión, casi exclusivamente probable.

Hoy el miedo vuelve a la carga, a causa de la creciente miseria de África, y de nuevo habrá que ser muy cautelosos, porque el miedo es mal consejero. He leído hace unos días que la población de inmigrantes indocumentados en España llega ya a los 300.000, con gran mayoría de africanos; en Italia, el panorama es similar, y ya sabemos lo que está pasando en EE.UU. Los temores ante estos desplazamientos migratorios incontrolados –y no sabemos si incontrolables–, se agudizarán y el tema se irá seguramente ideologizando, es decir, se irá recurriendo a explicaciones aparentemente científicas para justificar posiciones políticas o religiosas, como el temor al hecho de que esos africanos son mahometanos. Este temor, que me manifestaba un amigo católico residente en España, es análogo al de Oriana Falacci, que se declaraba atea cristiana, y se había constituido en acérrima defensora del cristianismo por razones de civilización y cultura.

Recurramos a ejemplos tomados de la ciencia física. Que la astronomía tolemaica estuviera equivocada en cuanto a la inmovilidad de la tierra, no descalifica muchas de sus otras conclusiones. Si fuera descalificable *in toto*, los desplazamientos marinos y terrestres que se realizaban gracias a ella, al menos con su ayuda, no se hubieran podido realizar con la alta perfección técnica con la que se hicieron. Asimismo, la nueva concepción del tiempo y el movimiento en la teoría de la relatividad de Einstein, no invalida *toda* la física newtoniana, ni nos obliga a tirar por la borda como no científicas todas las ideas galileanas. Personalmente, lamentamos

que Einstein llamara a su teoría “de la relatividad”, porque, desde el punto de vista ontológico, él fue un realista, como señalaba Popper, tan poco relativista que en un momento dado se volvió en contra de la teoría de los cuantos y se negó a aceptar el “principio de incertidumbre” de Heisenberg. “Tú crees en un Dios que juega a los dados –le recriminó a Heisenberg– y yo en las leyes perfectas del mundo de los objetos reales...”. Recientemente, un físico argentino afirmaba: “la teoría de la relatividad tiene muy poco de relativo: sostiene que las leyes físicas son absolutas [...]. La teoría de la relatividad sostiene que hay una sola realidad, aunque múltiples formas de verla; no que hay múltiples verdades”.¹

Que hay un influjo sobre la ciencia de las creencias de moda o prevalentes parece innegable y esto ha sido causa de tropiezos y malentendidos. El biologismo de Aristóteles causó un gran daño a la física escolástica. No es mi opinión, sino la de Gilson, en su excepcional obrita *El realismo metódico*. A la recíproca, el anti-aristotelismo renacentista se encandiló con aquello de que la naturaleza estaba escrita en caracteres matemáticos, y redujo la física a física-matemática, descreyendo de la cientificidad de lo cualitativo. Fue un error, como señaló en su momento Sofía Vanni Rovighi en su *Introducción al estudio de Kant*.

Este sesgo fue introducido por Galileo con un acompañamiento de aseveraciones que lo enfrentó a la Iglesia. Al cabo de varios siglos, un epistemólogo posmodernista hace, paradójicamente, justicia a la Iglesia. Feyerabend ha dicho que en la polémica de Galileo con la Iglesia la que tenía razón era ella, y que ella fue mucho más razonable que el italiano en el pleito que mantuvieron. Estas palabras fueron repetidas por el Papa Benedicto XVI y, como le ha pasado otras veces, ha levantado críticas acerbas. Algunos racionalistas residuales de la Universidad romana de *La Sapienza*, no pudieron tolerar que desde la Iglesia, símbolo del oscurantismo, se ofendiera a Galileo, padre italiano de las modernas luces de la ciencia. Se pusieron furiosos contra el Papa, más de lo que lo están habitualmente, y lograron impedir que visitara esa Universidad, la cual, irónicamente, fue fundada por la Iglesia, la irredimible enemiga de la ciencia. Probablemente los protestarios no estaban al tanto de quién es Feyerabend, no precisamente un monseñor de la curia vaticana ni un *Herr Professor* alemán de teología, como Benedicto. En fin, echemos un manto de piadoso olvido a este mínimo caso de anticatolicismo, tan pueril como el protagonizado por Umberto Eco al intentar demostrar que son la religiones la verdadera causa de las guerras (lo exacerbó la Encíclica *Spe Salvi*, de Benedicto XVI, cf. *La Nación*).

Retomemos nuestro tema central: Boudon señala que reconocer el influjo del entorno socio-cultural en la ciencia no es algo que recién se conozca, no es algo propuesto por primera vez por el actual posmodernismo relativista. Lo propio de éste

¹ REBOREDO, F. A., “De la relatividad al calentamiento global”, en *La Nación*, 31/01/08.

es su error –absolutamente nuevo en la historia del pensamiento humano–: deducir de la existencia de ese influjo la imposibilidad de la objetividad científica.

¿Por qué la sociología posmoderna del conocimiento ha franqueado ese límite? Es enigmático, pero Boudon propondrá explicaciones interesantes. Para declarar al relativismo científico actual fuera de combate no basta con señalarle que, como todo relativismo, comete una petición fundamental de principio. En efecto, si todo es relativo, al menos algo no lo es: “Que *todo* es relativo”, la cual es una proposición absoluta. Paradójicamente, este relativismo científico pretende haber realizado un análisis metódico y objetivo, y que sus conclusiones son verdaderas y demostrables, es decir científicas.

La “nueva” sociología del conocimiento

Es sugestivo que la nueva sociología del conocimiento, que implica una epistemología, tenga un apoyo intelectual muy débil, y que, sin embargo, se haya extendido tanto. Sus grandes expositores (cualesquiera sean sus diferencias) coinciden en el relativismo y el escepticismo respecto del saber. Boudon menciona, entre otros, a Kuhn,² Feyerabend,³ Barnes⁴ y Bloor,⁵ entre quienes tal coincidencia es patente. Su éxito es innegable, a pesar de sus endeble argumentos. Boudon acierta al expresar que la obra de esta corriente de pensamiento, que levanta la bandera de un “adiós a la Razón”, pasa por ser para muchos una suerte de “evidencia”. En muchos círculos intelectuales se acepta como “definitivamente establecido” que la ciencia no puede lograr la “objetividad” que se autoatribuye. Tan grande es la fuerza persuasiva de la tesis relativista que es aceptada resignadamente incluso por los propios científicos. Una aceptación verdaderamente vergonzante. Merece la pena repetir lo paradójico del relativismo posmodernista, que se presenta como objetivamente evidente, es decir, con los caracteres científicos que le niega a la ciencia. Extraordinaria *contradictio in terminis* de todo sistema –o antisistema– relativista-escéptico.

La pregunta es: siendo conceptualmente débil, ¿cómo se ha impuesto de manera tan generalizada?, ¿cómo se explica semejante poder de convicción?

² KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

³ FEYERABEND, *Contra el método*, Barcelona: Ariel, 1981.

⁴ BARNES, *Interest and the Growth of Knowledge*, London: Routledge & Kegan Paul, 1977.

⁵ BLOOR, *Knowledge and Social Imagery*, London: Routledge & Kegan Paul, 1980.

Las razones del éxito del programa posmoderno

¿Cómo se puede pretender, como hace el posmodernismo, que los mitos wagnerianos son explicaciones del mundo tan válidas como las teorías científicas y, lo que es más asombroso aún, cómo es posible que tal *boutade* sea rápidamente aceptada por el mundo intelectual? Boudon propone tres tipos de mecanismos explicativos: sociocognitivos, axiológicos y comunicacionales.

a) Efectos socio-cognitivos

Primero, Boudon pone límites precisos a lo que una conclusión científica cualquiera, en cualquier ciencia, tiene de inspiración coyuntural, proveniente del medio socio-cultural, y qué de auténtica argumentación racional. Ambas pueden co-existir, sin que se invaliden mutuamente.

Aunque no es el ejemplo que utiliza Boudon, podemos ver los derroteros que ha tomado la ciencia médica como un constante ir y venir de posiciones deterministas y positivistas, es decir, predominantemente analíticas, a posiciones más holísticas y sintéticas, más intuitivas, que comienzan a abrirse paso. El caso de las enfermedades psicosomáticas es ilustrativo. Un mal cualquiera, aun tan específico como el cáncer, puede ser visto como psicosomático o como un desarreglo de la máquina corporal, atribuible a determinismos físico-químicos, poco o nada influidos por las emociones o estados de ánimo, por la psicología o personalidad de los pacientes.

Ninguna de las dos hipótesis o teorías son excluyentes y sin duda su relativa prevalencia proviene de los efectos socio-culturales y las modas. Y la razón es sencilla: los sobreentendidos de cada época nos presionan en un sentido o en otro, sin que lo advirtamos claramente, lo que se agudiza por el hecho de que en todo objeto de estudio muy complejo es difícil su captación total así como establecer verdades apodícticas o altas probabilidades. Por eso en materia económica o política los gobiernos oscilan entre el liberalismo y el estatismo, porque el cúmulo de variables intervinientes es tal que no se puede establecer de manera definitiva qué es mejor de manera universal y necesaria, además de la cambiante realidad de su contexto. El péndulo oscilará de un extremo al otro. ¿Quién diría que la economía alemana durante el estatismo nazi no se desarrolló en pocos años de una manera asombrosa, o, por el otro lado, quién podría negar el asombroso dinamismo económico del liberalismo norteamericano, pese a las crisis y los ciclos? Estamos en el terreno de las opiniones (la *doxa*, los *tópica*), es decir, de lo probable, porque estamos en el ámbito de la praxis, sobre la que no se puede argumentar sino “por esquemas”, como decía Aristóteles.

Por supuesto, los juicios de probabilidad de ninguna manera son azarosos o infundados. Aristóteles reconoció su cientificidad, y las matemáticas actuales han desarrollado la disciplina correspondiente, la estadística, en uso también en física.

b) Efectos axiológicos

En materia estética, el caso de la música es interesante. Se puede gustar de los genios de la música más o menos según las épocas; hasta hay casos en que se los olvida por un lapso (pasó con Bach y con Vivaldi). Pero ¿quién se atrevería a decir de cualquiera de ellos que fue un inepto, un compositor menor o, peor, un descartable de la historia de la música? La “nueva” sociología parte de un programa también radical en materia estética, es decir, de una visión convencionalista de los valores artísticos. Para los nuevos relativistas, la apreciación estética no tiene ningún correlato objetivo. Los argumentos son de esta índole: en EE.UU., después de la última Guerra Mundial, Mozart fue tenido como un compositor menos importante que Beethoven durante bastante tiempo. Hoy ya no es así. ¿Por qué? ¿Cómo son posibles estas oscilaciones? Dicen los posmodernos: por razones de moda, de influjo del mercado, de “creencias”, es decir, de irracionalidades, porque para ellos las creencias son sencillamente irracionales. Boudon se ha encargado de mostrar que la calificación de irracionales aplicada a las creencias es gratuita. El mago de la tribu, al creer en que alguna cosa o acción hace llover, no se comporta de este modo porque sí. Lo hace porque no tiene razones para descreer.

Añadamos que, análogamente, nada es totalmente irracional en el ser humano, tampoco la locura, aunque de los que la padecen digamos que han perdido la razón. Los comportamientos de los locos no son absolutamente irracionales, sino que tienen un sentido, como ha mostrado la psicopatología. En materia de valoración estética, el juicio sobre lo que es más o menos bello, y los sentimientos de agrado o desagrado que esto provoca, es un fenómeno social oscilante, pero no todo lo es en esta materia. Basta para comprobarlo el hecho de que *El Quijote* sigue siendo un clásico (y lo fue, digamos, casi desde que apareció), Shakespeare un genio reverenciado como tal universalmente, aun por gente totalmente ajena a la cultura occidental; los clásicos del Siglo de Oro español siguen tan admirables como entonces. No hay pintor cuya obra se remate a precios comparables a los que logran los van Gogh, los Vermeer, los Goya. Y el mercado no es proclive a equivocarse en materia de avalúos.

Por cierto que todo tiene una vertiente subjetiva, pero no todo lo es absolutamente. Hay objetividades que solo a riesgo de renunciar al pensamiento y a la comunicación pueden negarse. Hoy en día se ha producido un fenómeno extraordinario: hoy uno puede parecer más original y vender más si escribe que “todo” es relativo, y si, además, lo hace con estilo y erudición (¿cómo?, ¿el buen estilo y la erudición son

indefinibles o arbitrarios?). La pose escéptica pega en una cultura como la actual. La pregunta es: ¿por qué hoy es tan generalizadamente así?

Responder a esto es hoy imprescindible, porque el escepticismo se va tornando muy peligroso, de incalculables consecuencias, pues se ha trasladado al mundo moral. La viabilidad de la vida civilizada y el futuro de las nuevas generaciones están en juego, y, según puede percibirlo cualquiera, el relativismo moral no está conduciendo a nada bueno.

A mis alumnos propensos al subjetivismo (ya saben, eso de “es mi verdad”, “yo lo veo así”, etc.) yo solía preguntarles que, si todo es relativo al sujeto y su circunstancia (aquello de Ortega: “yo soy yo y mi circunstancia”, deformado, creo, o espero), ¿cómo se explicaban ellos que haya tantas cosas que se siguen considerando verdaderas en nuestra milenaria civilización, y en tantas otras, también milenarias? ¿Cómo es que hay tantos genios que siguen siendo considerados tales, por más objeciones, rechazos o correcciones que sus genialidades hayan recibido a lo largo de los siglos? ¿Por qué un concurso de matemática no lo gana cualquiera, aunque quepan dudas sobre si el primero no debió ser tercero y éste primero? ¿Cómo es que hay gente que tiene lo que en música se llama un “oído absoluto” y otros que no son capaces, por más que se ejerciten, de distinguir una nota de otra, o que von Karajan dirigiera sin partitura las más de 400 obras que retenía en su increíble memoria, y así al infinito? La lista de los más excelsos pensadores o filósofos de todos los tiempos no ha variado grandemente en cientos o miles de años. Allí aparecen obstinadamente Platón y Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás de Aquino, Kant y Hegel.

Un joven aficionado a la literatura, de mucho talento, me decía hace poco: El más grande poema épico que se ha escrito es el Éxodo. ¿Y no podríamos agregar acaso: la Biblia es el más grande monumento literario de todos los tiempos?

c) Relativismo y democratismo

Hay algo, debe haberlo, en la cultura actual que favorece el inusitado éxito del escepticismo radical respecto de la ciencia, el arte o la moral. Para explicarse el fenómeno, Boudon recurre a un modelo interpretativo debido a Tocqueville. Las explicaciones de este sociólogo clásico son a menudo luminosas. El sujeto social se adhiere a ciertas creencias porque ellas le permiten hacer coherentes proposiciones irrecusables (por ejemplo, proposiciones de hecho) con su adhesión a valores que percibe como fundamentales.

Sabemos que las teorías tienden a ser más aceptadas cuanto más avalan las “pasiones dominantes y generalizadas” de la gente, según la expresión de Tocqueville. Así, en una sociedad democrática, la igualdad es un valor fundamental. En conse-

cuencia, las teorías que conducen a la conclusión de que todas las opiniones deben ser respetadas y tratadas igualitariamente, incluso ser consideradas como equivalentes, tienden a ser objeto de una atención selectiva y a ser retenidas en prioridad.

Este modelo, concluye Boudon, explica en gran medida por qué las teorías escépticas son hoy tan fácilmente acogidas. Si todo tipo de discriminación social está mal visto, es decir, si las discriminaciones son espontáneamente vividas como algo “injusto”, pronto llegan a resultar subconscientemente desagradables hasta las más obvias distinciones, por ejemplo, que haya ideas verdaderas e ideas falsas, obras bellas y obras feas, actos moralmente aceptables y otros no, y que se los pueda objetivamente distinguir. La tolerancia, la convivencia, la igualdad exigen que nos inclinemos a pensar, como dice el tango argentino, que “todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor, Don Chichio (el mafioso) y Napoleón, Don Bosco y la Mignon (una madama)”. Cada uno, cada grupo, cada cultura o sub-cultura con “su” verdad, sin odiosas jerarquías que perturben la sagrada igualdad, sin desagradables juicios de valor.

Así las cosas, es lógico que no interese que el educador enseñe lo verdadero, lo bueno, lo bello. Interesa a lo sumo cómo lo hace, cómo enseña a respetar lo que cada cual quiera decir, creer o pensar. No se debe establecer división entre el que sabe y enseña y el que no sabe y aprende. Ese es el verdadero trasfondo del pedagogismo contemporáneo, que ha contribuido a que los adolescentes y jóvenes parezcan bárbaros maleducados.

Así, el distingo espontáneo entre hombre y mujer es denunciado como una funesta discriminación al servicio, consciente o subconsciente, de la dominación masculina. En los años 60 la crisis de género causó serios problemas de identidad femenina. Hoy –según se refleja en los consultorios psicológicos– hay una creciente inseguridad masculina, atribuible a una pérdida de identidad del varón debida a la indistinción de los roles de género, como dicen.

El igualitarismo contemporáneo va haciendo antipáticas e injustas las diferencias individuales, sociales, grupales y culturales. “Toda teoría que tiende a legitimar la igualdad de las culturas y sub-culturas tiende a ser tratada favorablemente”, dice Boudon (p. 38). Las diferencias éticas, estéticas y científicas tienden a ser consideradas como ilusiones. Negar valor al saber relativizándolo, aplanando las diferencias con el principio “todo es bueno”, puede resultar funcional para los sistemas de enseñanza en boga. Resultan más fáciles, menos conflictivos –pero, claro, por eso mismo, realmente aburridos.

Es difícil que el fenómeno no tenga algo que ver con la indiferencia juvenil ante este tipo de saber desvalorizado. Y aquí Boudon tiene juicios muy duros: si el saber está desvalorizado, si todo conocimiento se reduce a una interpretación pro-

visoria siempre pasible de contestación, es mucho más fácil hacer de las calidades didácticas o metodológicas el criterio principal de evaluación del docente. Poco importa que él enseñe cualquier cosa o que no enseñe. Lo que interesa sobre todo es que “la cosa pase”. La pereza e indiferencia de los educandos es muy agradecida. Es un pedagogismo cómodo, sin duda. No interesa exigir que el docente sepa su materia, que se perfeccione en ese conocimiento y se actualice, sino importa más que sea “buen docente”, es decir, más que un *enseñante*, un compañero igualitario del juego pedagógico. Ni enseña, ni exige, ni evalúa. Todos deben pasar. “Ud. enseña demasiado”, criticaba un inspector a una docente después de observarle una clase. ¿Acaso no sintonizan estas opiniones con la suspicacia frente a la razón científica y técnica que se aprecia en el “ecologismo profundo”? No queda más que volver a la naturaleza y reptar (*crawl back*) como un buen salvaje. Estos sentimientos se instalan en el subconsciente colectivo y viene muy bien tranquilizar la conciencia con alguna teoría que ponga en duda la capacidad que tienen la ciencia, la ética, la estética, de alcanzar alguna objetividad, más allá de nuestras ganas y desganos, del esfuerzo, la disciplina, es decir, de aquellas odiadas “represiones” que –se acusa– causaron la infelicidad de las anteriores generaciones. Oí a un monseñor en París decir: *A cuántos ha impedido la felicidad el cristianismo*, dicho desde el púlpito.

Pero uno comprueba, a medida que esta ideología avanza, que las nuevas generaciones están más aburridas, más apáticas, más desgraciadas. Algunos sacuden su sopor volcándose a situaciones-límite de esfuerzo o de peligro, que es, al fin, un modo de desesperación suicida.

d) El rol de los comunicadores de masa

Y, por último, está el influjo de los “comunicadores” de masas. Ellos se inclinan por lo que perciben como el “viento de la historia”. Eligen la última novedad, porque la ley del periodismo es la eterna novedad, incapaz y desinteresado por tranzar entre la novedad (siempre sintonizada como mejor que lo anterior) y la verdad “objetiva” que, lo sabemos todos, no existe.

Conclusión

Repitémoslo: el relativismo escéptico se muerde la cola. Vendrá el momento en que él también sea visto como inseguro, subjetivo, e inservible. Por ahora sirve a muchos: demagogos políticos, sofistas pedagógicos, periodistas *à la page* haciendo carrera, mercaderes de variadas ilusiones, traficantes de abalorios y cuentas de colores. Sirve a los insaciables adictos de la figuración mediática, y, en fin, para mayor

desgracia, tranquiliza la conciencia de los padres y docentes que no están dispuestos a sobrellevar el esfuerzo de educar. Hay un libro muy útil de la psicoterapeuta alemana Christa Meves que se titula, precisamente, *La valentía de educar*.⁶

En síntesis, la denuncia de Raymond Boudon es la de un hombre de bien que se resistió al vedetismo posmodernista y, me temo, sacrificó así la fama a la que su talento lo llamaba en aras de verdades fundamentales. No se piense que la obra de Boudon se inscribe en el pensamiento tradicional. Es un liberal inscripto en un racionalismo crítico, de fuerte base empírica. Su obra ha sido traducida al chino, al japonés, al árabe, obviamente al inglés, y a decenas de otros idiomas, pero la España actual (y la Argentina) se han abstenido de darla a conocer en español, salvo en mínima parte.

⁶ MEVES, Ch., *La valentía de educar*, Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995.

Normas editoriales

Presentación de originales

● Los textos, originales e inéditos, deberán ser relativos a los temas que sugieren el título y subtítulo de la revista y que se explicitan en la *Información general (Cobertura temática)*. Para optar a su publicación es preceptivo atenerse a las siguientes normas:

1. La extensión máxima, incluidos los espacios, será de 70.000 caracteres para los Artículos y de 45.000 para las Notas. Esta norma general es susceptible de excepciones, cuando se trate de trabajos cuya unidad temática lo requiera. Asimismo, los trabajos que, por el mismo motivo, excedan el doble de la extensión aquí indicada, podrán ser publicados en dos números sucesivos.

2. El Título de los trabajos ha de constar en el idioma original y en inglés. Los artículos irán precedidos de un resumen, entre 500 y 1000 caracteres, seguido de 5 a 7 palabras clave (o expresiones muy breves); uno y otras —el resumen y las palabras o expresiones clave—, también en los dos idiomas.

3. Los trabajos se redactarán en formato Word (.doc o .docx), con las siguientes características:

Tipo de letra: Palatino Linotype

Tamaño de letra: 11

Márgenes: 3 cm. laterales y 2'5 superior e inferior

Espacio interlineal: Sencillo

4. Las citas y referencias deberán redactarse en el orden y con el formato siguientes: APELLIDO(S) e inicial(es) de nombre(s), *título de la obra* o "artículo", *revista* y volumen (si es el caso), ciudad de publicación: editorial, año y página/s. A modo de ejemplo:

MARTÍNEZ PORCELL, J., *Metafísica de la persona*, Barcelona: Balmes, 2008, p. 159.

FORMENT GIRALT, E., "Autoconciencia y ser en Santo Tomás de Aquino", en *Revista Española de Filosofía Medieval*, núm. 8, SOFIME, Zaragoza, 2001, pp. 11-30.

SARTRE, J.-P., *L'être et le néant*, Paris: Gallimard, 1976, pp. 11-30.

Tras la primera cita de una obra, en las siguientes *podrán* utilizarse (no es preceptivo) las abreviaturas comunes en los trabajos de investigación.

Cuando se trate de autores clásicos, las obras se citarán según las normas y costumbres habituales entre los especialistas.

La Redacción se reserva el derecho de unificar los modos de citar, con el fin de facilitar la lectura.

- Normas para el envío de originales:

1. Los trabajos se enviarán a través del Sitio Web de *Metafísica y Persona* (www.metyper.com). Además del texto completo, con las notas a pie de página correspondientes, sólo deben figurar en este documento el título y subtítulo. Para someter el texto al arbitraje ciego, según se describe en el *Procedimiento de evaluación*, no constará en él ni el nombre del autor ni dato o referencia algunos que permitan identificarle.

2. Toda colaboración deberá ir acompañada de un documento con una breve noticia curricular y académica del autor. En ese mismo documento deben figurar claramente: *a)* El título del trabajo y, si lo tuviere, el subtítulo, tal como figuran en el artículo o nota; *b)* el nombre y apellido(s) del autor; *c)* la adscripción académica completa; *d)* la dirección electrónica. De manera opcional, si lo considera oportuno, el autor puede incluir otros datos que faciliten su localización: número de teléfono, dirección postal, etc.

Procedimiento de evaluación

- La selección de los artículos y notas para *Metafísica y Persona* se rige por el siguiente *sistema de evaluación*.

1. *Arbitraje*. Todos los trabajos serán evaluados y dictaminados por dos académicos del máximo nivel y especialistas en el tema sobre el que versa el artículo o la nota. Los árbitros siempre serán ajenos al Consejo Directivo y al Consejo de Redacción.

Se tratará de un arbitraje doble-ciego. Los artículos han de recibir dos dictámenes favorables. En el caso de las notas, un solo dictamen favorable hará posible su publicación, y uno solo en contra podrá impedirlo.

Con independencia de cuál sea el dictamen, las opiniones de los árbitros y sus observaciones o sugerencias se comunicarán al autor a través de la dirección de correo electrónico que este haya facilitado, en un plazo no superior a dos meses desde la recepción del original.

— En caso de que se considere publicable, pero el dictamen incluya sugerencias, el autor será libre de tomarlas o no en cuenta e incorporarlas al trabajo, siempre dentro del plazo previsto.

— Si la publicación está condicionada a ciertas mejoras, la aceptación definitiva dependerá de la adecuación real entre los cambios incorporados y la propuesta de los dictaminadores.

— Cuando el dictamen rechace la publicación, el autor tiene plena libertad para asumir las correcciones, elaborarlas, incorporarlas al texto y volver a presentarlo para su publicación en un número posterior de *Metafísica y Persona*, que en su momento se someterá, como cualquier otra publicación, a nuevo arbitraje.

2. *Autoría*. Una vez editados sus escritos, los autores podrán utilizarlos y difundirlos con total libertad, refiriéndose siempre a la revista *Metafísica y persona* como el lugar en que inicialmente se publicaron.

3. *Certificación y envío de ejemplares*. Los autores cuyos trabajos sean publicados recibirán por correo postal dos ejemplares de la revista en que el artículo/nota haya sido publicado.

En caso de que lo soliciten, se les enviará también un certificado de que el trabajo ha sido aceptado para su publicación por la revista y que será publicado en su momento.

Suscripciones

La suscripción a la *Revista* es anual y comprende dos números. Existen cuatro tipos de suscripción, cada una con sus propias características:

Suscripción a la versión digital.- Para recibir por correo electrónico nuestra publicación, así como también las noticias relevantes sobre la *Revista*, es necesario enviar un correo electrónico a contacto@metyper.com, añadiendo los siguientes datos: nombre completo, filiación institucional y correo electrónico.

Suscripción a la versión física.- La suscripción anual a la versión física de la *Revista* tiene un costo de \$62.00 USD, más gastos de envío. Para recibirla físicamente es necesario enviar un correo electrónico a cpa.filosofia@upaep.mx, y añadir la siguiente información: nombre completo, filiación institucional, correo electrónico y dirección completa a la que se enviarán los ejemplares. Una vez recibida esta información, la *Revista* hará llegar al interesado los datos necesarios para realizar el pago y este, una vez hecho efectivo dicho pago, enviará una copia escaneada del recibo a la misma dirección electrónica (cpa.filosofia@upaep.mx).

Intercambio de publicaciones.- Para solicitar el intercambio de publicaciones, es necesario enviar un correo electrónico con todos los datos de la *Revista* que se ofrece en intercambio a: cpa.filosofia@upaep.mx.

Adquisición de números individuales.- Para solicitar un número específico en su versión física, contactar con la *Revista* en la dirección: cpa.filosofia@upaep.mx.